

Que el vértigo espantoso del abismo  
Comenzaba mi vista á oscurecer.

Y entónces cual cansado peregrino  
Que ve una luz brillar en lontananza,  
Sentí la dulce y mágica esperanza  
En mi agitado pecho renacer.

Ansiosa el alma desde entonces quiere  
Libre volar á la mansion serena  
Do no la turbe congojosa pena,  
Ni le arranque gemidos el dolor.

Donde la dicha no es mentido sueño  
Cual lo es, Señor, en la mezquina tierra;  
Sino la dicha que el amarte encierra  
Sin riesgo de perder tu eterno amor.

Consoladora fé, por quien sumisa  
Mi razon á la sabia omnipotencia,  
Esos arcanos de insondable esencia  
Se complace tranquila en venerar!

Antorcha refulgente, con que miro  
Muy mas allá del anchuroso cielo  
Un Padre de bondad y de consuelo  
Que por sus hijos vela sin cesar!

¡Fanal esplendoroso, cuyos rayos  
La nave llevan al seguro puerto,  
Cuando deja el piloto el rumbo cierto  
En medio de la negra tempestad!

Mi paso incierto por la senda guía  
Que lleva al hombre á su inmortal destino  
Y de mi vida el áspero camino  
Ilumine tu excelsa claridad.

## LA CARIDAD.

Y yo, Señor, que en el profundo seno  
De la maldad me agito;  
Débil mortal, que de miserias lleno,  
Por doquiera que vuelvo la mirada  
El hondo abismo encuentro de mi nada:  
¿Cómo habré de cantar, Dios infinito,  
La ardiente caridad, cuyo ser tiene  
Principio y fin en tu divina esencia:

Que en insondable arcano  
Con un eterno vínculo mantiene  
Enlazadas las obras de tu mano;  
Y que elevando al hombre en rauda vuelo,  
Le hace olvidar la mísera existencia

De este finito suelo;  
Y gozarse en la suma Inteligencia,  
Que de tu amor abriendo los tesoros  
Así junta la tierra con el cielo?

¡Espíritu increado!  
¡Fuente de amor purísima y fecunda!  
¡Eterna luz, cuyo esplendor sagrado  
Los cielos de los cielos ilumina  
Y el universo inunda!

Ven á mi corazón: y cual un tiempo  
Tu misteriosa inspiracion divina  
Al amoroso Rey, Santo Profeta,  
Enseñó las dulcísimas canciones  
Que de Judá los pechos inflamaron,

Cuando con inefables vibraciones  
 Del arpa encantadora del Poëta  
     Las cuerdas resonaron:  
 O cual de Pablo el corazon un dia  
 De tu encendido fuego la saeta  
 En hoguera tornó de amor profundo,  
 Que con sus llamas abrasar debia  
 Los pueblos todos del inmenso mundo;  
 ¡Así, Númen que adoro, el alma mia  
     Haz que inflamarse sienta  
 Por un rayo fulgente desprendido  
 De aquel trono de eterna y clara lumbre  
 Que del Monte Sion la excelsa cumbre  
 Para tu gloria y magestad sustenta!  
     ¡Ven! Y será mi canto  
 Cual lo es, Señor, el del ardiente coro  
 Que en indecible amor y dulce encanto,  
 Alaba sin cesar tu nombre santo  
 Al compás de sus cítaras de oro.  
     Se escuchará mi acento poderoso,  
 Ora grave, solemne, majestoso,  
 Como el mar que sus ondas precipita;  
 Ora cual suele el trueno fragoroso  
 Cuando sus alas la tormenta agita;  
     Ya tierno y melodioso,  
 Cual de la amante tórtola el arrullo;  
 Ya leve como el aura que suspira;  
 O como el arroyuelo que sus aguas  
 Tranquilo lleva en plácido murmullo.  
  
 ¿Quién como tú, gran Dios?...ante los tiempos  
     Viviendo por tí mismo,  
 Tu soberana esencia contemplabas;

Y de la eternidad en el abismo,  
 Gozándote en tus propias perfecciones,  
 Con amor ardentísimo te amabas.  
     Tu espíritu increado  
     Sobre la niebla densa  
 De la informe materia era llevado  
     Con majestad inmensa:  
 Cuando "HAGASE LA LUZ," Señor, dijiste:  
 Y huyendo al punto á la extension vacía,  
 Despareció la niebla oscura y triste  
 Al rayo hermoso de la luz del dia.  
 Como un manto los cielos extendiste,  
 Sembrando en él estrellas á millares:  
 A tu potente voz se alzó la tierra  
 Como medroso niño, y á tu soplo  
 Juntáronse las ondas de los mares.  
 Mas al designio altísimo que encierra  
 Desde la eternidad tu amor profundo,  
 Falta el mas noble sér de cuantos séres  
     Forman el bello mundo;  
 El que debe ensalzar tu augusto nombre  
 Y adorarte, Señor, como tú quieres.  
     Y fué creado el hombre,  
     En cuya frente erguida  
 Hizo brillar tu sacra Omnipotencia  
 Un rayo de tu misma inteligencia;  
 Y en cuyo pecho, con buril eterno  
     Tu diestra poderosa  
 La ley santa de amor dejó esculpida:  
 Emanacion de tu fecunda esencia,  
     Luz pura y misteriosa  
 Que ilumina la senda de la vida.  
     ¡Y el hombre te adoró! De gozo henchido

Su ardiente corazón, el homenaje  
 Te tributó rendido  
 De aquella caridad abrasadora,  
 Cuyos dulces afectos contemplaron  
 Y en sublime concierto acompañaron  
 Los séres todos del Eden florido.

Mas ¡ay! que en negra hora  
 La soberbia levanta su cabeza  
 Y aparta de tu ley al hombre osado,  
 Que desconoce, oh Dios, que le has creado  
 Para adorar tu nombre y tu grandeza;  
 Y al soplo de tu ira  
 Del bellissimo Eden se ve lanzado,  
 Cual débil caña que arrebató el viento:  
 Buscan en vano sus inquietos ojos  
 La perdida mansión y su contento,  
 Y en torno solo mira  
 La inmensa soledad, cuyos abrojos  
 Es, con llanto regar, su triste suerte,  
 Y oye doquier las voces de la muerte  
 Que reclama sus míseros despojos.

Los siglos tras los siglos desaparecen!...  
 Envuelto el mundo con la niebla oscura  
 De torpe idolatría,  
 La ley sublime, celestial y pura,  
 Que escrita con tu dedo soberano  
 Al hombre diste en el Sinái un día,  
 Ese hombre, ciego en su maldad impía,  
 Quiso borrar con atrevida mano.  
 Y al profundo rencor abre su seno;  
 Torvas al cielo sus miradas lanza;  
 Contra su propio hermano

Convierte su furor, y de ira lleno,  
 En inocente víctima le torna  
 De su injusta venganza!.....

Mirad empero allí!... Sobre la cumbre  
 De esa triste colina  
 Que rodea confusa muchedumbre,  
 Pendiente de una Cruz, la frente inclina  
 El Hijo del Señor: la hermosa lumbre  
 De sus divinos ojos ya se apaga,  
 Y en torno del Dios Fuerte  
 La negra sombra vaga  
 Con que viene fatídica la muerte.  
 “¡Oh Padre, de tu amor el sacrificio  
 Por el hombre se encuentra consumado..  
 Recíbele propicio,  
 Y brille tu perdón sobre el culpado!”...  
 Dice, y exhala el postrimer aliento:  
 Cuando un ángel de blanca vestidura,  
 Mas hermoso que el sol, los aires hiende,  
 Del resplandor eterno circundado  
 Que en la gloria fulgura;  
 Y cual veloz relámpago descende  
 Hasta el pie de la Cruz, do en su profundo  
 Amor, ha muerto el Redentor del mundo.  
 Y lanzando en redor tierna mirada  
 Por un fuego purísimo inflamada:  
 “Descendientes de Adán! el triste llanto  
 Que á vuestros ojos arrancó el delito  
 Cese ya de correr; porque el Dios Santo,  
 En cuyo libro eterno estaba escrito  
 El día de ventura y de consuelo,  
 Por el precio infinito

De esa sangre vertida en vuestro abono,  
De nuevo os llama de su amor al trono,  
La puerta os abre del perdido cielo.”

“Yo soy la Caridad; la mas sublime  
De las virtudes soy, y Dios me envía  
Para ser en el mundo vuestra guía:  
Para enseñaros el feliz destino  
Que esa Cruz os prepara salvadora,  
Y por la cual, vosotros, los humanos,  
Hijos sois del Señor, y sois hermanos:  
Para llorar con el que triste llora,  
Y ser de vuestra vida en el camino  
Cual la columna de sagrado fuego  
Que en la noche sombría  
Al pueblo de Israel iluminaba  
Y su fé y esperanzas mantenía.”

Dijo así el ángel; y sus alas de oro  
Desde el sangriento Gólgota tendiendo,  
Los montes y las vastas soledades,

Los pueblos y ciudades  
En incansable vuelo recorriendo,  
Ha venido á través de las edades  
Sus mágicas palabras repitiendo.

Y el hombre al escuchar su voz divina,  
Su voz de encanto y de ternura llena,  
Dulce como el concierto de las aves

Que en la enramada suena,  
Cuando en trinos süaves  
Saludan del Abril, enamoradas,  
Las frescas y risueñas alboradas;  
Alza del polvo la abatida frente,  
En éxtasis sublime arrebatado  
Fija en el cielo su mirada ardiente;

Y ya como el Apóstol, inflamado  
Por el divino Espíritu, es llevado  
Mas allá de los astros brilladores  
A contemplar con júbilo indecible  
De aquel eterno sol inextinguible

Los vivos resplandores:  
Ya como la amantísima Teresa,  
El tierno pecho herido  
Por el mas fuerte amor de los amores,  
Siente su corazón desfallecido,

Y sostenerle quiere  
Con el blando perfume de las flores,  
Cual la Esposa feliz de los Cantares

Que por su amado muere,  
Por su amado escogido entre millares!  
Y prorumpes de amor enajenada:

“¡Oh si el alma que yace aprisionada  
En esta cárcel dura,

Las pesadas cadenas quebrantando,  
Alzar pudiera su sereno vuelo,  
Y libre por el viento atravesando  
Ir las moradas á habitar del cielo...”

Mas de la Caridad la voz sublime  
Vuelve el hombre á escuchar: y al mundo mira  
Donde su estirpe con afán suspira,  
Do la raza de Adán padece y gime:  
Se conmueve, se agita, se apresura,  
Y al ángel busca de las alas de oro,  
Y le demanda el celestial tesoro  
Que del trono de Dios bajó consigo,

Para calmar del hombre la amargura,  
Darle consuelos y enjugar su lloro.

Y marcha en pos del mísero mendigo  
Que desnudo y hambriento,  
Con planta débil, vacilante, incierta,  
El, ¡la imágen de Dios! cual vil gusano  
Arrastrándose va del avariento

A la dorada puerta  
Que á abrir no viene compasiva mano;  
Y el pan le alarga, y sonriendo ufano,  
Deja su triste desnudez cubierta.

¿Oís? ¿oís?... Con temeroso estruendo  
El carro cruza de la guerra impía,  
Que de furor ardiendo,  
Con ímpetu satánico menea  
De la discordia la inflamada tea:  
Y se escucha la ronca artillería;  
Los montes y los valles se estremecen;  
Y resuena confusa gritería:  
Crece el espanto y los gemidos crecen,  
Y se aumentan los ayes de agonía.

Entre el fuego, el horror y la matanza,  
Con faz tranquila y con serena frente  
Una brillante Pléyade se lanza:  
Las hijas son del inmortal Vicente,  
Que por el ángel bello conducidas,  
Van con amor profundo,  
Bálsamo á derramar en las heridas  
Del pobre moribundo,  
Y á mostrarle en dulcísima esperanza  
Otro mundo mejor que aqúeste mundo.

¿Qué gemido es aquel, que penetrante  
Hiriendo el cierzo helado,  
Turba la calma de la noche oscura?...  
¡Ah! ¿no sentís el pecho desgarrado?  
Mirad... es una débil criatura  
Que, el mismo sér á quien debió la vida  
Abandonada deja,  
Y entre las sombras rápido se aleja.  
¡Mujer sin corazón! ¡Mujer impura!  
Monstruo de horror, no esperes que te nombre  
Con el nombre dulcísimo de madre;  
Nombre que dice amor, vida, ternura,  
Nombre sagrado que venera el hombre...  
¡Tú te alejas, mujer!... Pero el Dios bueno  
De infinita clemencia  
Manda de caridad al ángel lleno,  
Al ángel protector de la inocencia  
Que amoroso recoge al tierno niño,  
Cuya cuna no vela con sus alas  
El maternal cariño.

¡Ángel de bendición! también tú asistes  
Del pobre enfermo cabe el duro lecho,  
Y das consuelo á su afligido pecho  
Que en congojoso afán respira apenas.  
Y vas también á las mansiones tristes  
Que el cautivo humedece con su llanto  
Y que hace resonar con sus cadenas;  
Y con cariño santo  
Le hablas de Dios, y cálmense sus penas.

¡Y vosotros, apóstoles ardientes,  
Que atravesando los ignotos mares,

Del ángel tras la huella misteriosa,  
 A las bárbaras gentes  
 Llevais la antorcha de la fé radiosa?  
 ¡Vosotros!... Mas ¿adónde me conduce  
 La ardiente inspiracion? ¿Osado quiero  
 Seguir á esa deidad incomparable?  
 ¿Cómo, dulce Dios mio,  
 Recorrer ese piélago insondable,  
 En presencia del cual me considero  
 Como pequeña gota de rocío?

¡Alma del mundo, incomprensible esencia!  
 ¡Ángel que ostentas tus divinas galas  
 Para encantar del hombre la existencia!  
 Si de mi impuro labio puede el ruego  
 Llevar, virtud, á tí; ven, y tus alas  
 Cubran esta falange poderosa  
 Que inflamar debe con tu sacro fuego  
 El vasto suelo de mi patria hermosa! (1)



(1) Esta oda fué recitada por el autor en la primera sesion pública que celebró la Sociedad Católica de México con la mayor solemnidad el 29 de Junio de 1869.

## Himno al S<sup>mo</sup>. Sacramento.

(A LA SRA. DOÑA MANUELA BALDERAS Y CASTELAN.)

CORO.

Al banquete del Rey de la gloria  
 Que amoroso á los hombres convida,  
 Presurosos venid, que la vida  
 Nos ofrece tan santo manjar.  
 Bajo el cándido velo se oculta  
 El Pastor celestial y divino,  
 Que de gracia y verdad el camino  
 Diligente nos quiso mostrar.

ESTROFA 1<sup>a</sup>

Como el ciervo sediento que corre  
 A las aguas de límpida fuente,  
 Cuando en medio del valle se siente  
 De fatiga penosa morir;  
 Así el alma que sufre cansada  
 Sed ardiente al cruzar por la tierra,  
 Busca ansiosa la fuente que encierra  
 Frescas aguas de eterno vivir.

ESTROFA 2<sup>a</sup>

¡Hostia pura ante todos los siglos  
 Con misterio inefable y profundo

Por el bien ofrecida del mundo  
De la eterna justicia al Autor:  
Hostia santa que el ángel adora,  
Que la tierra y los cielos admiran,  
¡Con qué gozo los hombres te miran,  
Dulce prenda de paz y de amor!

## ESTROFA 3ª

Abismado en tan alto portento  
Queda el hombre á tus plantas rendido,  
En Cordero al mirar convertido  
Al terrible y potente León:  
Y alentado con dulce confianza,  
En tus brazos amantes se entrega;  
Y en el mar de delicias se aniega  
Que reboza tu fiel corazón.

## ESTROFA 4ª

¡Cuán indigno, Señor, es mi pecho  
De hospedar tu infinita grandeza,  
De guardar tu sublime pureza,  
De que moren tus gracias en mí!  
Mas tu eterna palabra yo creo:  
Tus profundos designios adoro;  
Y el perdon de mis culpas imploro,  
Para no separarme de tí.

## A MARIA.

¡Salve, gentil Señora,  
La de toda virtud y gracia llena;  
Clara y fulgente aurora  
Del sol inextinguible precursora,  
De la eternal Sion blanca azucena!

En este hermoso día  
En que natura toda se engalana,  
Y con pura alegría  
Te viene á saludar, bella MARÍA,  
Del cielo y de la tierra soberana:

En que del almo coro  
Que allá te alaba en inmortal anhelo,  
Al cántico sonoro  
Unen su acorde són las arpas de oro  
Que tañen los arcángeles del cielo:

En que al dulce desmayo  
Que el encendido sol de primavera  
Engendra con su rayo,  
Sus tributos de amor te rinde Mayo  
En la fuente, en el bosque, en la pradera;

Tambien el labio mio  
Tu dulce nombre á pronunciar se atreve....  
¡Como el fuego de Estío

Haz que ese nombre, de mi pecho frio  
En ardiente volcan torne la nieve!

¡Ah! ¿Qué inefable encanto  
Embarga mis sentidos? ¿Qué alegría  
En este templo santo  
De mis ojos arranca dulce llanto  
Y embriaga de ternura el alma mia?

¡Estrella de los mares,  
Que al náufrago infeliz llevas al puerto!  
Electa entre millares,  
Para calmar del hombre los pesares  
Y ser su cielo de esperanza abierto!

Las negras oléadas  
Que el bajel de mi vida combatian,  
Y al cielo levantadas,  
Del cielo con furor precipitadas,  
En el profundo abismo se perdian;

No ya con ronco estruendo  
Convertirme amenazan en despojos  
De airado mar horrendo.....  
Pasó la tempestad!... la playa viendo  
En tu augusto santuario están mis ojos.

La playa bendecida  
Que acerté á distinguir en lontananza,  
Cuando mi alma herida  
Fué por tu viva luz, Madre querida,  
Faro resplandeciente de esperanza.

La playa misteriosa  
Do brota de salud la clara fuente;

Do tú, Mística rosa,  
Fragancia rica esparces deleitosa  
Con que el mortal desfallecer se siente.

Donde el bravo guerrero  
A tus divinos pies arrodillado  
Cual tímido cordero,  
Te rinde gracias con amor sincero  
Porque en la cruda guerra les has salvado.

Donde las tiernas niñas  
Que á decir se apresuran tus loores,  
De las verdes campiñas  
Flores te dan con que la frente ciñas,  
Madre del Santo Amor de los amores!

La bóveda sagrada  
Con el solemne cántico resuena  
En que tu Iglesia amada  
Dice tu Concepcion Inmaculada  
Y de gozo purísimo se llena.

Y en tanto que la nube  
De aromas mil de embriagador incienso  
Hácia tu trono sube,  
Como un voto que el hombre y el querube  
Juntos te ofrecen de su amor intenso;

Del bosque en la espesura  
En sus trinos cantando están las aves  
Tu nombre, Virgen pura,  
Y en el monte, la selva y la llanura  
Lo repiten los céfiros süaves.

Y lo escuchan las flores  
Que embalsaman el fresco valle umbrío  
Con sus gratos olores;  
Y la fuente lo dice en sus rumores,  
Como en sus ondas el sonante río.

¡Oh si en mi pobre lira  
Dado me fuera en cadencioso verso  
Ensayar la que inspira  
Armonía sublime, y que se mira  
Tributar á tu amor el universo!.....

Mas ¡ay! gusano impuro,  
Sér que cruzando voy la baja tierra,  
¿Cómo cantar procuro  
Tu hermosísimo sér, tu sér tan puro  
Que tanta gloria y perfeccion encierra?

¡Salve, gentil Señora!  
He aquí cuanto te dice el lábio rudo.  
Mi corazón te adora:  
Sé cual siempre mi dulce protectora,  
Mi tierno amor y formidable escudo!



## PLEGARIA A LA INMACULADA VIRGEN MARIA,

MADRE DE DIOS.

(A MI QUERIDA ESPOSA LA SEÑORA DOÑA GUADALUPE LOAIZA DE CÓRDOBA.)

Héme otra vez al pié de tus altares,  
Virgen Madre de Dios y Madre mia,  
Alzando en tu loor nuevos cantares  
Y buscando el consuelo á mis pesares  
En tu materno amor, que es mi alegría.

Héme otra vez aquí: del templo santo  
Postrado en el mármóreo pavimento  
Que hoy riega de tus hijos dulce llanto,  
Con fe sencilla mi oracion levanto  
Hasta el trono inmortal do está tu asiento.

¡Ah! yo bien sé, castísima Señora,  
Que no es digna mi voz, mi voz impura,  
De subir á la cumbre donde mora  
La del Verbo Humanado engendradora,  
Más que la luna bella y que el sol pura.

Yo bien sé que los ángeles, de hinojos,  
Absortos adorando tu grandeza,  
Bajan rendidos sus brillantes ojos,  
Y cierran sus hermosos labios rojos,  
Y ocultan con sus alas la cabeza.